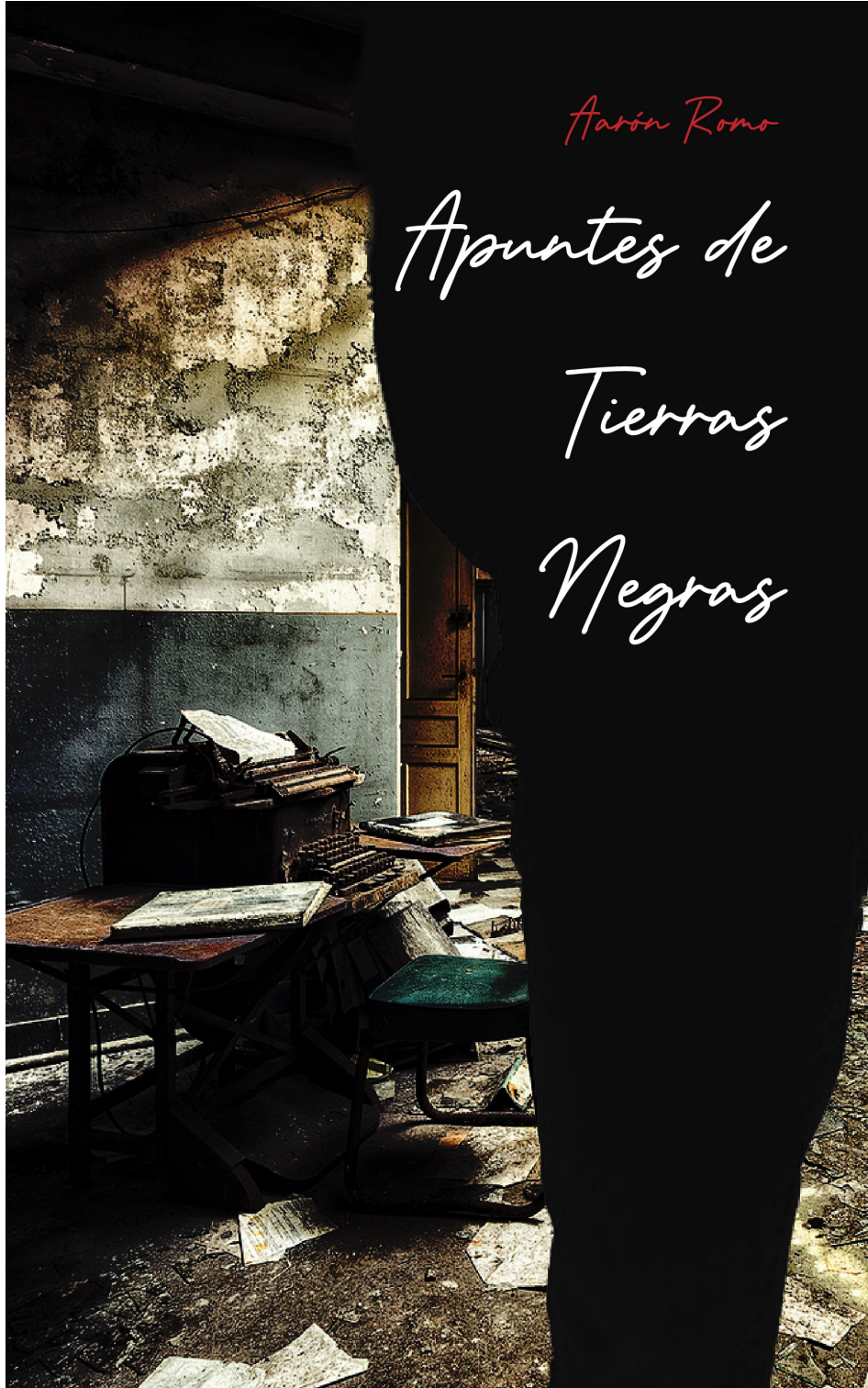


Apuntes de Tierras Negras

Aarón Alejandro Romo Arceo



Capítulo 1

Día 381 / 11:11 a.m / Arenas.

Respiro un viento con alma de arena. Bajo mis pies, es cálida, como abdomen de mujer. Hace un año dejé de soñar los vientos salados de Tierras Negras, hace un año mis pies dejaron de sentir el cuero de las botas que los enfundaban y hace un año le di el pésame a mi bandera, contemplando el fuego que la violaba desde un Embraer blanco.

No hay poemas que leer, no hay amigos a los que visitar, sólo mucha arena blanca.

Iré a mi casa y beberé una botella de vodka, con las ventanas cerradas y leyendo la miseria y sus tintas en un viejo ejemplar de Bukowski que tengo retenido en la soledad seca de una maleta que en un año decidí mantener privada de cualquier mirada humana.

Capítulo 2

12:09 p.m. / Arenas

Creí haber visto un lobo gris a lo lejos, antes de ceder mi camino al autobús sobrepoblado.

No recuerdo haber visto el rondar de semejante criatura aquí desde que llegué; buscaré en un libro, una enciclopedia quizá, si son originarios de esta tierra cuyo orgullo por la arena de sus playas otorgó el derecho a estas de ser epónimo para su bautizo.

Este fragmento de mapa, donde el calor es ley, sólo se llama Arenas por la playa.

Escribir aquí es complicado, demasiados hombros reteniendo unas manos que sólo quieren bocetar otro día en un país en el que no nací, pero en el que probablemente sí moriré, atareado por la sentencia de una bala que me acusa de traición o por alcohol.

Lo que pase primero será lo que aceptaré después del adiós a esta bandera clara.

Mañana es cumpleaños de Viteli. Estaría apagando cuarenta velas sobre un pastel.

Capítulo 3

12:45 p.m. / Arenas

Los lobos grises son especímenes raros aquí, su andar posee un derecho sui generis.

La preeminencia la poseen las garras y rugidos de coyotes y pumas y linceos y gatos monteses que han sido castrados para llevar un collar rosado o azul o morado y refugiarse dentro de aquellos brazos de señoras gordas con marido muerto o inexistente.

No fue una alucinación fugaz. Me muevo en los páramos de lo real todavía.

Leí que la esquizofrenia empieza a germinar sus prados generalmente cuando dos décadas de vida llevan la delantera a uno, pero los que suman cuarenta y dos años en tres meses, como yo, no están exentos de su llegada y permanencia cuasi parasitaria.

Debo dejar de leer el manual de medicina de mi abuelo. Lo guardaré bajo la cama.

Capítulo 4

3:55 p.m. / Arenas

La televisión de colores chillones plasma los movimientos de las balas y los rifles largos.

Tierras Negras continúa buscando una nueva identidad que pueda traducirse con sangre y plomo y fuego y el acero de los machetes. Los AK-47, rusos o chinos, siempre poseen la última palabra, las UZI hablan y los demás escuchan o simplemente se callan.

Vi a los de ATN atrincherándose en un banco local y los del Ejército sucumbiendo.

Dos policías terranegrenses sostienen en alto unas escopetas antimotines y una uniforme negro manchado de sangre que no pertenece a sus venas. Yo sostuve esas escopetas varias veces y agujeré tantos pechos que ya no los cuento ni en sueños.

Debo engendrar una esperanza que me dicte que los del Ejército volverán a mandar.

Sólo los ayudé cuando "Antorcha de Tierras Negras" quemó dos hospitales militares con bombas caseras y encapuchados siendo intentos no tan risibles de talibanes. Fueron dos cráneos de unos ATN los que perforé con un taladro en las mazmorras de La Choza.

Por momentos extraño su olor a polvo y orines, rara vez olía a excremento amargo.

Desprecio pensar en revoluciones y contraterrorismo, pero desprecio más pensar en democracia y en sus virus liberales y progresistas, o sus balanzas que pesan en nombre del comunismo marchito y degradado pudriéndose en el vientre de un abismo.

No así, "Unidos Por El Mañana" y "Caimanes Rojos" anhelaban recrear una Cuba.

A uno de los "caimanes" lo incineré vivo en "La Choza", primero dejé que viera cómo desollé a un "atorchista" con un cuchillo de caza para que valiera la pena la orina que derramó en mis botas. Acezaba el transitar de sus lágrimas, acezaba sus súplicas.

Si el presidente no hubiera escapado con nuestros fondos, no me habría ido.

Capítulo 5

8:21 p.m. / Arenas

El frío agrede a la noche; se ha burlado de mis ventanas por un año, y se cuela al cuarto.

Decidí despojar de polvo las botas que también consigné a la indiferencia hace un año; esas cuyas suelas reventaron tráqueas y cambiaron ideologías a base de pisotones y patadas clavadas en los parietales derechos de demócratas o socialistas palurdos.

Inagotables e invictas, así las veo yo ahora, tocadas y abatidas por el abandono.

No me las quité ni siquiera cuando leía los poemarios de cubanos y mexicanos, esos que se prohibieron poco después de las sanciones extranjeras. No me las quité ni al leer los cuentos de escritores terranegrenses a los que se les cortaron las manos.

Yo nunca lo hice. Cortar manos, no era lo mío. Una crueldad que invoca al vómito.

Los artistas trabajan con las manos, los mundos, las eras y las historias se fecundan con las manos de aquel que ha decidido que tiene algo que legar al mundo. Las madres son las primeras artistas antes que cualquier pintor, escultor, cantante o bailarín.

Su obra les lleva nueve meses para que después puedan socorrerla con las manos.

Los padres entrelazan sus dedos con los de los hijos para llevarlos por helado. Las manos abrazan y consuelan, engañan o asesinan. Las manos son sagradas y por diez años me negué a sentenciar cualquier muñeca con el machete o la motosierra en turno.

No soy preso de la consciencia. Lo soy de un ayer ambiguo. Quizá dormiré mal.

No vi más lobos grises al ir a la plaza a comprar una botella de whisky barato.

Capítulo 6

Día 382 / 12:33 a.m. / Arenas

Ni siquiera entré en batalla. Ganó el insomnio antes de que quisiera levantar mis manos.

Mi buen amigo Viteli. Lamento lo que sucedió. Las lágrimas que te entregué mientras sostenía la Colt M1911 eran sinceras, tan reales como el proyectil que acabó con tus recuerdos y todas las ideas para tus próximas películas y demás obras de teatro.

Amé "La Casa de Catia", mis manos eran víctimas lastimeras y pobres de aplausos.

El cine terranegrense era aburrido y el americano era demasiado "brucewilicero", lo suficiente para cederle genuinidad a mi desprecio hollywoodfóbico, y una genuflexión a tus películas que cantaban las canciones y recitaban los poemas de las almas humanas.

¿Cuántos anocheceres le debía a tu recuerdo? ¿Hay una redención para la apatía?

Sé que no la hay para el olvido, en especial para el voluntario, aquel que espero adjudicarles a tus súplicas para que no disparara. Pudiste filmar y exhibir "La Isla de los Caimanes" en otro país, pudiste negarte a que te entrevistara ese diario. No lo hiciste.

Le dijiste al presidente Justino, cuadro por cuadro, lo que nadie quería ver u oír.

Exhibiste la sangre seca de las manos y los pies del ejército y de la policía secreta de Justino; claro que tampoco fuiste muy amable con sus escuadrones de la muerte que se infiltraban en preparatorias y universidades para señalar autoridades escolares.

Me señalaste a mí. Señalaste mis botas enrojecidas de un escarlata vital para unos.

Y, aun así, opté por la bala, porque aplastarte las palmas con un mazo era algo que estaba entre los dominios de mi cargo para ser rechazado. Fue mi cara lo último y lo más feo que viste. Tal vez ya no retendrías el disparo entre tus memorias si pudiera verte.

Feliz cumpleaños, amigo mío.

Capítulo 7

9:09 a.m. / Arenas

Desayuné un cuento. Alebresté las hojas de un libro de relatos que tenía en una maleta.

Amargura en una taza de café y un fragmento de whisky en un vaso tequilero leerían conmigo. Un cuento llamado "Ensalada Callejera". Un vecindario era testigo de cómo varios gatos muertos eran atropellados en la calle. Sus entrañas se regaban por doquier.

No estuvo tan cerca de inquietar la torta de salchicha, jamón y queso que devoraba.

Nadie recogía los cadáveres de los gatos, así como nadie recogía los cadáveres de los perros que fueron uniéndose como si de una orgía se tratara... o de una ensalada. No pasó mucho antes de que el asfalto se extinguiera y sólo fueran unas vísceras rojas.

El asco y la desesperación enajenaron al vecindario. Las moscas eran el aire ahora.

Para final de mes, creció un nido de cadáveres de varios animales. Los echaron a un bosque. Poco después, las mascotas de las familias comenzaron a desaparecer. Adivinen a dónde fueron a parar. Alguien escribió en el asfalto oscuro "JAJAJAJAJA".

Una vez conocí a un escritor terranegrense que transcribía horror en su máquina de escribir. Historias de mutilaciones y blasfemias que al presidente Justino Sariera no le gustaban. Tampoco que ese sujeto estuviera vinculado con "Los Caimanes Rojos".

Me lo llevaron a La Choza. Lo felicité por su trabajo. Me encantaba. Murió pronto.

Capítulo 8

1:27 p.m. / Arenas

Los de la revista seguían molestos por tener de editor en jefe a un torturador exiliado.

Su democracia y su sociedad sólo tienen de blancas a las playas. Podría sobornar a los policías con cien pesos areños o una botella de destilado de agave, y por un poco más, a los camilleros que dejan morir desgraciados en las calles y aceras infestadas.

Dejé de hablar de sus miradas mal interpretando cuchillos de viril punta de acero.

Escribí sobre la hostilidad, no xenofóbica, sólo comprometida con su adicción a la superioridad moral que creen que le deben al mundo en mi primer cuaderno, antes de que lo mandara a esa pequeña editorial española que lo publicó como una roman à clef.

Alguien me delató, pero desconozco a quién atribuirle el rostro de la traición.

Jeremías, Talia, Oscar, Maciel, Lurdes, recen por que jamás vuelva a ponerme esas botas. Me repudiarían el doble si leyeran lo que escribo aquí, sentado en una oficina pequeña con una ventana más pequeña de consuelo que mimaba la intromisión del sol.

La esquizofrenia por lo general comienza asomando la cabeza con leves murmullos.

Anoche, mientras secaba la enésima lágrima, la vigilia se entrometía en el sueño que intentaba perpetrar al menos hasta que la mañana creciera. Llantos explotaron en mis oídos. La voz de Viteli me llamaba "camarada"; suplicaba por su permanencia aquí.

La cordura ha conspirado contra mí antes. Quizá se deba a la escasez de cama.

Mi temor de ir a un especialista y contarle que mi madre sentía explotar los nervios constantemente o que la esquizofrenia distorsionó la sanidad de mi padre cuando yo apenas tenía catorce años, explosionaba en el pecho lleno de incertidumbre perniciosa.

Capítulo 9

5:03 p.m. / Arenas

Miro la democracia en la tele y en esta publicación progresista semanal a la que cedo.

Miro las manifestaciones y concuerdo con su deseo de violencia, pero repudio lo que buscan con ella. El ser humano anhela una libertad que no le corresponde. Vive bajo el yugo de la lucha sin entender que no necesitan mis botas o mi uniforme para ser yo.

Salvajes. Piden derechos que la naturaleza no les dio. Piden la anormalidad.

Bienvenidos podrían ser en La Choza, de seguro ahora tomada por alguna nueva falange revolucionaria o simplemente cedida al desvalimiento por el Ejército. La inanición debió de haber alimentado a los presos que aún quedaban vigentes en todas las celdas.

Fue Sade quien decretó la hipótesis de que la naturaleza hace inherente la crueldad en nosotros antes que el amor o la piedad. "Piedad", palabra curiosa, la cual no anexo seguido a mi vocabulario; la encuentro deprimente, incluso, onírica, suena a un delirio.

Es un error de la naturaleza; uno que debemos intentar corregir cuanto antes.

Pienso que el totalitarismo es más propio de nosotros antes que la mal encarada misericordia que nos han atribuido y que hemos adoptado con tanta mansedumbre, esa clase de docilidad es la que me pone enfermo y me impregna de ganas de vomitar.

¿Qué busca el ser humano en la empatía? ¿Qué ve en esos deseados "derechos"?

¿Qué busco yo tratando de entender esto? Persigo aquello que me responda al por qué desprecio tanto a la humanidad y, aun así, la crueldad que predigo se ve frustrada por los recuerdos de amigos a los que vi morir por la gracia de mis manos desnudas.

Mis manos. Las manos de un artista. Mi obra: dolor y llanto. Necesito más lápices.

Capítulo 10

7:17 p.m. / Arenas

La peseta terranegrense se ha devaluado. Me lo informa un artículo en el periódico.

Cinco piezas metálicas podían transcribirse en una mirada fija de George Washington; ahora necesito dos billetes de diez pesetas terranegrenses con la sonrisa de Sariera para poder escuchar que tengo un dólar estadounidense entre mis dedos.

Supongo que el ex presidente los convirtió a dólares antes de entrar al anglo-país.

Entiendo que el ejército decidiera pasar a ser simples personas con un uniforme que ya asemeja un oropel antes que un símbolo, el símbolo pagado por los impuestos que Sariera hizo emigrar de nuestros hospitales, escuelas, policía y armada.

Creo que hasta nuestras estaciones de bomberos redundaron en la anarquía.

Se me ocurrió la idea para una novela corta que seguramente alguien ya escribió.

Un payaso llamado Melancosito (nombre derivado de "melancolía") disfrazado como un mimo, pero con overol y chancletas, pasea por los camiones de un país costero llamado El Arenero y cuenta chistes propios que van más allá de un humor callejero.

El payaso reflexionará sobre el amor y la muerte, la virtud y la desesperación.

Será un hombre condenado a la oscuridad de una comedia adoptada por la necesidad antes que por la deliberación, la comedia que vuelve a unir los trozos del espíritu pero que nunca llegan a sanarlo. El hombre de una sonrisa sincera fingida.

Su hija pereció al traspasar las fronteras de la salud por una traición de los genes.

Luego de que su esposa recurriera a las comodidades del suicidio, el humor transmutó en algo que lo animó a declinar la senda de su consorte. Podría tener un chiste especial. Debo pensar en cuál. ¿Plagio u

originalidad? Lo decidiré al irme.

Un día, fui a almorzar a un restaurante callejero. Un hombre negro me recibió.

Sólo había negros comiendo. Debieron haber olfateado malaria o sífilis o VIH en mí para haberme despreciado con parpadeos al dar los buenos días. Pedí una sopa de gallina para comer en el lugar. No sé cuántos cuchillos tendría clavados para entonces.

Como un devoto blanco esclavista, el cocinero negro me mandó inquina al verme.

Le pregunté que cuál era el problema, que si pasaba algo malo.

Me dijo: "Usted es blanco, su racismo es asqueroso y tienen prejuicios hacia mi gente. Fundé este sitio para poder alimentar a mis hermanos de raza sin tener que recibir a gente como usted que nos ande juzgando por nuestra piel"

Le pregunté si estaba diciendo que yo era racista por ser blanco. No me respondió.

Capítulo 11

9:01 p.m. / Arenas

No es el whisky el que resta estabilidad a mi lápiz. Lo repetiré hasta creérmelo.

Van tres y mi necedad no rechazará una cuarta ronda añeja, y ahora recuerdo que uno de los pendientes que cremarán junto conmigo es el nunca haber silbado al ritmo de un whisky que posea en este mundo la misma cantidad de tiempo que yo.

Las estrellas siguen muriendo sobre nuestros techos y las cabezas de los hijos.

La luna sigue siendo la misma bajo la cual lloré al entender que el arma en mi mano fue la que arrebató a Viteli de este universo que persigue y es perseguido, que se absuelve al mismo tiempo que se condena, que se cura al mismo tiempo que muere.

Mi madre dijo una vez que las estrellas son las personas que han muerto.

Dijo que a Dios le debemos devoción y almas para que atesore, cuestión de risa en estos días si entendemos que ya nos tenía ahí con Él para que lo atiborres de oraciones y besos en los pies blancos o negros o chinos o canadienses.

¿Pensaba que otorgarnos carne y pulmones, junto con una amnesia masiva de nuestra primigenia celestial, mejoraría la experiencia al ascender de nuevo? Supongo que la eternidad te vuelve impráctico cuando lo que anhelas es rellenar tu ego.

Capítulo 12

11:15 p.m. / Arenas

Un vagabundo deprimido le pregunta a un payaso que se le acerca a entregarle un globo en una feria: Disculpe, caballero, ¿Quisiera saber qué se necesita para ser payaso? El payaso responde: ¿Se encuentra triste? El vagabundo responde: Sí. ¿Desesperado? Sí. ¿Desalentado? Sí. ¿Malhumorado? Sí. ¿Llora seguido? Sí. Entonces sólo le falta el maquillaje.

Un buen chiste. Nadie se reiría con él. A menos que yo lo diga.

Día 383 / 1:59 a.m. / Arenas

Casi cuarenta minutos para que pueda volver a adjuntar el lápiz a mis manos trémulas.

Es el sudor emigrando de mi frente, es mi respiración recordando por dónde debe transitar, son mis ojos recordando la realidad a la cual han vuelto luego de que los sueños que maquinaban en mi noche estrellada se envilecieran.

Un cuarto onírico retenía todo el aire en seis caras grises y magulladas. Detrás de mis pulmones, una puerta que no se abriría jamás me respaldaba. El otro extremo de la habitación invocaba sombras al permitir que luz virgen manchara el centro.

No era mía la soledad; una pequeña tina para bebé estaba asentada en medio.

Incluso ahora, bajo el asfixiante manto cubierto de estrellas, no sé por qué no vomité al ver la tina llena de excrementos. Me dediqué a contemplarla, ni los orines cetrinos ni la masa moldeable excretada que llegaba al borde me perturbaban.

La vi burbujeando; montañas y colinas, lagos y ríos, como si alguien pretendiera sustituir el inodoro con esa pequeña tina por días. Debí haberme atragantado por mi propio estómago queriendo salir, pero no fue

así. Los estanques de orines brillaban.

Y en eso, la puerta sonó. El golpe seco de quien exige que se le brinde una entrada.

Sólo entonces, pude escuchar a mi corazón. El despertar me fue dado después.

Colgué el temor a la oscuridad como el caballero que cuelga su espada luego de la cruzada que marca fin a su carrera de cortar cabezas. Fue a los diez años que entendí que los vivos son más aterradores que cualquier demonio que invoques.

Ahora, escucho los aullidos de los lobos ahí afuera; ya no parecen excepciones caprichosas de estas tierras, un ejército de aullidos secuestra los rincones de las casas, el cielo, la calle, los oídos y los sueños de quienes han decidido temerles.

Mil lobos han exterminado a todas las especies para erigirse como supremos entes.

La esquizofrenia es un lobo.

Melancosito sería asesinado. Lo encontrarían muerto en un callejón. Las personas pedirían justicia. Habría manifestaciones. La muerte se propagaría. La ira es la adicción más hermosa de los seres humanos. La ira nos ama. No habría justicia para nadie.

Capítulo 13

6:01 a.m. / Arenas

Desearía soñar con que no soñé lo de anoche. Desearía saber si caí en una fosa.

Entre recuerdos y ensoñaciones, trastabillé hasta la alacena, donde agarré la botella de whisky que me quedaba y vacié todo su espíritu, mientras los aullidos ennegrecían las ventanas cundidas de edificios negros y calles somnolientas.

Tengo miedo de preguntarles a los vecinos si los lobos los dejaron dormir.

Tengo miedo que me pregunten, "*¿Cuáles lobos?*".

No se me olvida el primer cuaderno que escribí. Pienso en él luego de un año y luego de las regalías, las cuales se han extinguido con el pasar del vodka, el whisky y chartreuse y un apartamento barato en una tercera planta que huele a ceniza seguido.

Recuerdo cuando decidí escribir segmentos falsos en mi vida para que, en caso de ser esquizofrénico y despedazar mi memoria a base de delirios, al leerlo pudiera creer que la realidad de dichos "recuerdos" fue mía. Lo decidí estando cuerdo.

En los pies de mi edificio, hay un vago que siempre extiende la mano antes de pronunciar "caridad". Su voz parece desvanecerse como polvo socavando al viento, tal vez debido a años de tabaco oscurecido y nicotina invasora.

Le dije que hay una gotera en mi departamento. Le dije que podía enseñarle a repararla. Le dije que podía enseñarle de plomería. Le dije que podía enseñarle. Le dije que le entregaría quinientos pesos por aprender.

Retrajo su mano como si le hubiera dicho que mis monedas estaban envenenadas.

Le arrojé diez pesos areños, una moneda color marrón.

Se me quedó mirando. No era odio lo que derramaban sus ojos.

Capítulo 14

10:47 a.m. / Arenas

El marica de Jeremías quiso ejecutarme con una mirada que pretendía ser asesina.

El dedo corazón de mi mano derecha se erigió alto para que captara ciertas cosas.

Puede maldecir al cielo que sea su jefe o que pregonara el pasado que pregonaba, todo puede ser válido mientras me entregue los artículos acordes a la retórica que he proclamado debe poseer la redención de esta revista a la que le escupo en privado.

La carencia de impacto, la banalidad transcrita, la iglesia del "era una tarde soleada y calurosa", sólo eso era capaz de descifrar cuando Jeremías y Oscar me entregaban sus artículos abastecidos de fallas gramaticales titánicas.

Que aburrida es la prensa areña, pero cuando menos es más libre que las editoriales terranegrenses que no sirvieron para darle más crías al fuego sino para que los revolucionarios pudieran atrincherar sus cabezas.

La peseta terranegrense ahora debe multiplicarse por treinta para tener un dólar.

Capítulo 15

4:44 p.m. / Arenas

No escucho mi voz, no escucho la voz del mundo allá afuera, lejos de esta oficina.

Todo son balbuceos o sonidos que ya no puedo traducir. Miro al techo, lo escucho, sabiendo que no va a responder. La lengua de la luz solar babea el piso de azulejos blancos. Solía disfrutar de embellecer su gesto. Siento que ya no me dice nada.

¿Qué escribo sino líneas que ya no sé si reconoceré como mías dentro de algunos años más? ¿Qué leeré cuando las letras vibren y se adhieran al aire o cuando comiencen a cantar, sea cual sea su canción de grafito y tonos grises?

Todo existe sin existir. Todo late sin latir. Todo respira sin respirar.

Cada miseria que se me podría conceder, la veo, ahí afuera, más allá de las murallas de esta oficina, más allá de las puertas de este edificio que hace ochenta años era una editorial abierta a la palabra del fascismo del dictador Ronaldo Garín.

Cada rostro que me ha declarado su enemigo y me ha sentenciado al odio reposa en esos escritorios llenos de autistas malparidos con la capacidad retórica estrangulada por la apatía y la conceptualización. Ya no son nada. Ni siquiera sé si ahora los odio.

Todo se siente artificial. Podría estar muriendo sobre mi cama justo ahora.

Ni siquiera sé sobre qué estoy escribiendo. ¿Acaso este papel es tangible?

Capítulo 16

6:59 p.m. / Arenas

No sé qué clase de demonio haya mordido mis neuronas ni sé qué mano escribió esto.

Sé que era yo, y al mismo tiempo yo nunca estuve aquí.

Pocas veces sentí un ostracismo cerebral de una magnitud tan alienada como esta. Supongo que mi muñeca posee un espíritu mecánico. En alguna parte de la materia que resguarda mi cráneo, algo funciona incluso al borde del apocalipsis.

Fue como haberme ido. La ansiedad me redujo a un espectador sin criterio, voto o cuerdas para declarar nada a nadie. Cada futuro se veía escrito, sentenciado como una pena de muerte. Sentirse bien era casi ofensivo para el sentido común.

Podía atreverme a ofrecer mi alma al optimismo.

Sólo las ominosas fauces del infortunio lucían atractivas de pronto.

Debo ver a un doctor.

Capítulo 17

7:15 p.m. / Arenas

Cuando era niño vi una película estadounidense sobre un doctor que divertía a la gente.

Todos los doctores ayudan a la gente, pero este usaba una nariz de payaso para perpetrar la risa que salía de los pacientes. Los niños que no sabían si serían padres o madres o abuelos morían a carcajadas con chistes que ahora ya no me parecen buenos.

Fue bonita siendo juzgada por una consciencia de sólo diez años.

Recreé la película en dibujos amorfos malogrados con crayones. Quería dárselos a mi papá para que leyera. Tomaba una cerveza mientras se fundía con el sofá. Le pregunté si quería ver mis dibujos. Me dijo que para qué, si él ya había visto la película.

Capítulo 18

10:23 p.m. / Arenas

Astrid sigue hostigando mis pensamientos. La desesperación quiere atesorarme.

Cuando llegué al burdel, debí preguntar quiénes eran las nuevas, pero preferí dejar que la sorpresa me tomara. Acaricié culos firmes y senos de calidad olímpica, todos listos para seguir el ritmo de los labios y la boca.

Yaneli me recomendó a una mujer joven, de las recién llegadas. Ella estaba ocupada con el negro del puesto de comida callejera que fingió no reconocerme al observar que buscaba las nalgas que brincaban bajo sus piernas.

Supe que la nueva no se llamaba Tara, como me la habían presentado.

Era Astrid, la sobrina de Viteli.

Antes de los tragos que tenía planeado invitarle, casi obstruyó su boca de insultos. Claro que atinó en mi barbilla al escupirme, tal vez yo también lo habría hecho, pero en la frente. Se metió con la profesión de mi madre al compararla con la suya.

Astrid estudiaba Artes Visuales en la Universidad de Valle Chico, en Tierras Negras.

Se quedó en primer año cuando la primera bala fue detonada.

Todas las maldiciones del planeta se me fueron entregadas cuando la tuve cerca.

Dijo que me largara y me largué, dejándola sollozar entre espectadores ebrios y muchachas que compartían la misma talla de zapatos que Astrid. Las chicas también maldijeron mi senda como quienes han prestado audiencia a una compañera triste.

Las esquinas están libres de prejuicios. Llamé a una muchacha transparentando sus carnes con un vestido azul, de unos veinte años, que por ochocientos pesos me la chupaba e incluso me enseñaba capítulos del kama Sutra que yo no conocía.

Le di mil cuando se fue del motel.

Capítulo 19

10:23 p.m. / Arenas

Los lobos se han callado. Con buena fortuna, hoy no regresaré a aquel cuarto onírico.

De hacerlo, espero que nadie llame a la puerta, o al menos que la tina esté vacía.

Ya no sé si temerle a la psicosis o la cordura.

Espero los cantos de los lobos como ellos esperan que les tema. Ahí están, en la calle que retiene sombras y la esperanza de un nuevo sol, esperando a que duerma para poder mirarme, invocados por el huésped detrás de la puerta.

Sólo ahora es que puedo oler la tina. Sólo ahora, mientras escribo, retengo las imágenes de mis botas pisando el suelo de La Choza. Orines, casi siempre olía a orines y a un poco de tierra; una tierra negra y maníaca.

Los delirios pueden apoderarse de la realidad. El cerebro puede martillarse a sí mismo con la ebullición equivocada de químicos. A veces pienso que las enfermedades mentales se reducen a un complejo de mártir. El cerebro quiere sufrir.

La apatía y la despersonalización son dos látigos punzantes.

La ansiedad y la depresión pueden entrar en cualquier momento, ya sea que estés desayunando, bañándote, haciendo el amor o corrigiendo textos en una oficina mientras escribes mecánicamente, tal cual un autómatas.

Melancosito ya no significa nada. Puede que no vuelva a hacerlo nunca.

Le pregunté a los vecinos por el vagabundo al que socorrí fuera del edificio.

Me preguntaron que cuál vagabundo. Les dije que el vagabundo de la

mañana.

Me dijeron que no recuerdan a ningún vagabundo.

Temo acostarme. Temo dormir. Veo a los lobos, los veo en la noche; los veré en mis sueños. Tal vez puedo morir ahora, con riesgo de verlos incluso más allá de cualquier infierno ardiente o congelado o agigantando la marea.

Jeremías quiso pasarse de listo. Reacio a adiestrar su odio hacia mí, me llamo asqueroso. Nada salió de su boca, pero los ojos jamás sabrán mentir. Su mirada me colocó tantas etiquetas que al final tuve que golpear su nariz aguileña.

Lurdes es bonita. Me encanta su cintura rellena que termina en un culo respingón.

Talia, su oscura faz, sus rizos de lodo. Creo que quiero amarrarla a mi cama.

Una vez, cuando era soldado raso fuera de servicio, invité a una chica a cenar a mi departamento. Le dije que tenía un buen tequila mexicano completo y un buen filete, suficientemente grande para sugerir bifurcación.

Una vez obtenido el "sí" le dije que me llamara cuando esté llegando en la noche. Le di la dirección. Me llamó horas después. Me dijo que estaba yendo con su hermana y un amigo. Tiré el filete por la ventana y me bebí el tequila antes de que llegaran.

Mi abuelo el médico, trastabillando entre felicidad y agonía en cuestión de minutos, como si un interruptor lo torciera a voluntad. Creía que la solución para todo eran los whiskys, incluso antes de realizar una cirugía o de haberse suicidado.

Lobos, ya no los veo, el día suele borrarlos y la noche los redibuja.
Graznan como cuervos, estos aúllan como lobos. Me percaté de que la arena es un pésimo escritorio, incluso rodeado de mujeres con monokinis casi invisibles.

Ya no hay que preocuparse por horarios, por actas administrativas, por contemplar las desgraciadas páginas que me transferían idiotas como los que nunca escuché maldecirme por los labios.

Sólo queda ahora la arena, más maldita puta arena.

Capítulo 20

Día 402 / 11:35 a.m. / Arenas

Supongo que me siento mejor luego de haber golpeado a Jeremías en la cara.

Ahora cuento con dos exilios, anexando a mi registro el despido de la revista.

Cuento con una ficción real publicada como novela corta y un cuaderno de apuntes al cual le adjudiqué la caligrafía de un ser que vio emigrar cada emoción de su mente tal cual el libertino andar de una pluma de ave.

Ignoro si Jeremías lo merecía. Ignoro cuántas veces llegó a insultarme a mis espaldas. Ignoro la capacidad del hombre para verse asediado por ignominias que no escucha, sin embargo, sí huele en el aire y en la luz y en el polvo de las oficinas.

También ignoro la capacidad de la mente para volver todo tan anodino.

Escribo con miedo a que todo sentimiento y raciocinio con el que presumo esta prosa se desvanezca como mi trabajo y mi sanidad neuronal, esa que sentí perdida y coqueteando con el colapso por días, sin entender si realmente pensaba lo que pensaba.

¿Por qué escribir algo que quizá no sea tuyo?

Mi razón para anotar tanta vaguedad se me ocurriera tambalea rincones en mi cerebro que apenas recuerdo haber sentido antes de haberme condenado a la usanza de un uniforme negro, quizá.

Sólo era una roca megalítica en la tierra partiendo al viento.

Capítulo 21

2:02 p.m. / Arenas

Podría llevarme aquellas páginas risibles hasta el tope de mi garganta y saborear papel.

Sin whisky, sin vodka, tal vez sólo agua en un vaso transparente.

Y al final, he optado por preservar su permanencia. Así puedo ver quién es el que sostiene mi lápiz y mis ideas para torcerlas tanto que pareciera que no tienen dueño, sino que sólo son inventos de un lapsus entre eras venidas y por venir, como todas las ideas.

La mente congestiona al cuerpo acorde a cada idea que dejamos minar de verdad.

Un hombre puede adquirir cáncer sólo con pensar la combinación apropiada de duda y seguridad, la duda sobre si podrá dejar de preocuparse por eso y la seguridad que siente de que nunca verá ninguna clase de amanecer por ninguna ventana.

Contaban en La Choza sobre un tipo que fingió demencia para salir sin que taladros o cuchillos o plomo abrieran un solo centímetro de su carne. Fingió tan bien que dicen que quedó loco realmente. Gritaba sin freno y comió los dedos de sus manos magulladas.

No permitiré a una esperanza perecer. Tal vez me queda emborracharme hasta morir en lugar de ver mi cordura comiéndose a sí misma mientras escucha lobos que no están ahí y veo tinas atascadas de porquería humana.

¿Por qué a las mentes de mi familia las persigue una sentencia? Tal vez fue un castigo a priori por adquirir dudas de la existencia de un Ser que me pide pleitesía y sumisión para evitar un cono ardiendo por siempre que termina en una gélida punta.

Veo hacia adelante y no veo nada. Busco magia en maletas y debajo de la cama, sólo para ver que poseo polvo en mayor paz que yo. A veces quisiera ser polvo; me pisarían, como yo pisé tantas caras, tantos cuellos y tanta fe ciega.

Tal vez, mi deuda a este planeta y a cualquier mundo navegando más allá de la muerte y su sueño no esté constituida de mis venas reventadas sino

de neuronas que voy escuchando reventar a veces, como ojivas nucleares que acaban con todos los rezos.

Capítulo 22

3:52 p.m. / Arenas

Me he vuelto a poner las botas. Todavía me quedan. Huelen a sudor y a sangre.

Mi antiguo uniforme me está tentando.

Vi morir amigos, vi morir familiares, vi morir a la mitad de Tierras Negras dentro de una fortaleza con más túneles subterráneos que el reino de cloacas de Nueva York, sólo para que los gritos desistieran de encontrar receptor antes de ver la luz.

Viteli, amigo, lamento lo de Astrid, lamento lo de tu mujer. Lo lamento.

Lo lamento más todavía por lo que he decidido.

Los aeropuertos están sitiados. Sólo están autorizadas pistas de aterrizaje.

No hay lugar como el hogar, dicen los que saben.

Melancosito. Sólo aguanta. Te daré un nacimiento, te daré una voz, te daré un raciocinio y te daré los mejores chistes que se me ocurran. Te daré una muerte digna. Te daré todo lo que la tinta puede soñar.

Capítulo 23

Día 1 / 5:34 p.m. / Tierras Negras

Huele a oscuridad y a todos sus secretos en las marejadas dóciles subterráneas.

Sólo la paupérrima calidez de una bombilla puede leer estas líneas.

Gastar casi la mitad de mis ahorros para sobornar uniformados sin medallas, pero sí con rifles de asalto, lució como un precio muy bajo en contraposición de volver a ver las caras que alguna vez machacaron venas y cartílagos liberales junto conmigo.

Creo que lo que más les enojó fue verme con el viejo uniforme. Es como haberle arrancado la piel a un lobo para portarla sobre la espalda. Es una piel ajena a tus pertenencias ahora, ¿por qué permitir que la poseas cuando decidiste subir a un avión?

Supongo que creyeron que incrustar la macana en mi pómulo resultó laso.

Creo que me dolió más que me desgarraran el uniforme y lo sentenciaran al fuego.

Lo último que tenía de dinero aquí se invirtió para que estas palabras pudieran existir bajo tierra, esta hermosa tierra negra a la que ahora le rendiré sueños y pesadillas y tinta y la risa de un payaso.

No hay lobos, no hay tinas, sólo un cuarto, uno que nunca debí abandonar.

Huele a orines y a lodo.

Mañana será hora de escribir.

Capítulo 24

"No existen tierras extrañas. El único extraño es el viajero"

-Robert Louis Stevenson

FIN